FRANCISCO DE IRACHETA

Astucia de mujer

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN UN PRÓLOGO Y TRES CUADROS

MÚSICA DEL MAESTRO

CONRADO DEL CAMPO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

A su estimado amigo Atanasio Espinosa, recuerdo afectuoso de
El Autor

ASTUCIA DE MUJER

ASTUCIA DE MUJER

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN UN PRÓLOGO Y TRES CUADROS

LETRA ORIGINAL DE

FRANCISCO DE IRACHETA

música del maestro

CONRADO DEL CAMPO

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN de Madrid, en la noche del 29 de Octubre de 1912



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIETA........................	SRTA. ULIVERRI.
LA MARQUESA DE RIDAURA....	SRA. GALINDO.
GINÉS DE MONTSILVESTRE.....	SR. ULIVERRI.
FRANCISCO....................	GUILLOT.
DON INDALECIO................	LORENTE.
GUINART........................	CARDOSO.
GARROFA........................	BALSALOBRE.
DIENTERROJO..................	MERENDÓN.
MENESTRAL 1.º................	BLANCA.
IDEM 2.º........................	FLORES.
IDEM 3.º........................	NOA.
EL BARÓN DE ROQUER.........	FLORES.
PAYÉS 1.º......................	BLANCA.
IDEM 2.º........................	HERNÁNDEZ.

Coro de menestrales, obreros, payeses, mozos de escuadra, bandidos, etc.

La acción se desarrolla en las proximidades de la villa de Arbucias y en las Guillerías de Cataluña, sobre el año 1840

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

PRÓLOGO

Telón corto representando un abrupto paraje; el sol poniente alumbra en la lejanía

ESCENA UNICA

INDALECIO (1); luego MONTSILVESTRE

Ind. (Saliendo por la derecha.) ¡Zapatetas! ¡zapatetas! ¡Qué sitios tan solitarios! El Arcángel San Rafael, guía de los caminantes, me lleve por estos andurriales.

Mont. (Sale por la izquierda con un trabuco en la diestra.) ¡Alto! ¿quién vive?

Ind. (Temblando como un azogado.) Uno que está muerto de miedo...

Mont. ¿Sabes quién soy?

Ind. No creo que sea usté el Arcángel San Rafael.

Mont. Contesta ó te descerrajo un trabucazo: ¿eres el mayordomo de la Marquesa de Ridaura?

Ind. (Apartando el trabuco de Montsilvestre.) Con el permiso de usté, que la boca de este cachorro parece que quiere escupirme.

---

(1) Tipo cegato y tartamudo que frisa con los cincuenta años; su tartamudez, ligeramente marcada, se acentúa en los momentos de miedo.

Mont. ¿No me conoces?
Ind. Como soy tan cegato como mal fisonomista...
Mont. ¿No adivinas quién soy yo?
Ind. Le advierto que soy muy torpe en eso de las adivinanzas.
Mont. ¡Soy el bandido Ginés de Montsilvestre!
Ind. ¡Ay!... (Se le doblan las piernas presa de terror.)
Mont. ¡Cobarde, sólo de oir mi nombre te asustas!
Ind. Debió usté haber conservado el incógnito.
Mont. ¿Sabes si la Marquesa me aguarda en la fuente donde los habitantes de Arbucias están hoy de tornaboda?
Ind. Así debe de ser, porque anoche, inmediatamente de recibir una carta, con suma extrañeza de la servidumbre de su palacio, mandó preparar merienda para ir hoy de tornaboda con los Marqueses de Montsoliu.
Mont. Bien; adelántate y dí á la Marquesa que seré puntual á la cita.
Ind. (Con gran extrañeza.) ¿Eh?
Mont. ¡Ea!
Ind. Advierto á vuecencia que voy perdido por estos andurriales...
Mont. Yo te indicaré la senda más breve que conduce á la fuente: seré tu guía.
Ind. (Aparte.) ¡Un San Rafael con trabuco!
Mont. Vamos... ¡Ah, desgraciado de ti si se te va la lengua! Te la arrancaría de cuajo. (Se va por la izquierda.)
Ind. (Siguiendo á Montsilvestre.—Aparte.) Si se me va la lengua, difícil es que me la arranque de cuajo.

Música

CORO INTERNO

Sardana de la tierra,
tú siempre sonarás
como un canto guerrero,
como un himno de paz.
Pubillas y galanes
arrúllanse al danzar
el baile más famoso
del pueblo catalán.

Si llega el extranjero
la patria á mancillar,
sabremos defenderla
bailando á su compás.
Sardana de la tierra,
tú siempre sonarás
como un canto guerrero
como un himno de paz.
(Queda la escena á obscuras.)

MUTACION

CUADRO PRIMERO [1]

Alameda de un rio. El fondo limitado por grupos de peñas, de una de las cuales—de la que aparece en el centro—,brota una fuente. En dicho término una frondosa encina equidistante de la fuente y de la derecha de la escena. Allá, en la lejanía, las altas cumbres del Montseny. Salidas practicables á derecha é izquierda entre grupos de álamos, encinas y alisos.

ESCENA PRIMERA

DON INDALECIO, MENESTRALES 1.º, 2.º, 3.º y CORO GENERAL de Menestrales, Obreros, Payeses y Mozos de escuadra (de éstos una pareja). Don Indalecio, una vez terminado el número de la «sardana», sale corriendo por la derecha y rompe violentamente el ruedo que forman unos y otros personajes

Men. 1.º ¡Qué bárbaro!

Men. 2.º ¡Se avisa, don Indalecio!

Men. 3.º Viene usté como huyendo del mismo Diablo.

Ind. O de algo peor. (Cogiendo aliento.) Creí que no llegaba á puerto de salvación. (Pausa.) ¿Está por aquí mi señora la Marquesa de Ridaura?

Men. 1.º (Señalando hacia la izquierda.) Allí está la santa. Ha merendado con los Marqueses de Montsoliu y sola ha quedado á la mesa. Un cadá-

(1) NOTA IMPORTANTE.—El presente cuadro puede empezar con el anterior número de música, ó sea bailándose la «sardana» cuando la compañía disponga de cinco ó seis parejas de «sardanistas», en cuyo caso el Coro general aparece en redor de los danzantes al verificarse la mutación.

ver parece la buena señora desde el día en que Ginés de Montsilvestre secuestró á su hijo.

Men. 2.º ¡Ah, el día en que ese bandido caiga en nuestras manos, hemos de bebernos hasta la última gota de su sangre!

Men. 1.º Es el terror de la comarca hace ya tiempo, y aún lo sufrimos.

Ind. ¿Me guardarían ustedes el secreto?

Men. 3.º Hable usté, don Indalecio.

Ind. Oid y admiraos, buenos amigos: venía yo por el atajo, cuando... (*Todos se preparan á oirle con gran atención.*) Buenas tardes, amigos: voy á ver si á mi señora le place ordenarme alguna cosa.

Men. 2.º ¿Pero no nos cuenta usted lo que le ha pasado en el atajo?

Ind. Que no hay atajo sin trabajo... (*Aparte.*) ¡Tate!... A cualquier hora me arrancan á mi la lengua. Buenas tardes, amigos. (*Se va por la izquierda.*)

Men. 1.º Vaya usted con Dios, don Indalecio.

Men. 2.º ¿Topó usted con Ginés de Montsilvestre?

Todos ¡Ja, ja, ja!

ESCENA II

LOS MISMOS y MARIETA por la derecha

Mar. (*Blandiendo una sucia pandereta.*) ¡Una lismona por el amor de Díos!

Men. 1.º Gandula, ¿cómo quieres que te socorramos si aun no hemos oído tu fatigosa canción?

Men. 2.º ¡Que la cante!

Men. 3.º ¡Siempre canta la misma!

Men. 1.º Es tan triste como una campana en el día de Difuntos.

Todos ¡Qué la cante, qué la cante!

Música

Mar.

Unos feroces bandidos
á mi madre asesinaron...
¡Ay, pobrecita de mí!...
A mi madre asesinaron.

Desde entonces quedé boba,
sin amor y desvalida,
¡Ay, pobrecita de mí!...
Sin amor y desvalida.

Coro No sabe la necia
cantar otra cosa;
de fieros bandidos
nos habla la boba.

Mar. En mi sendero angustioso
es mi guía la venganza...
¡Ay, pobrecita de mí!...
Es mi guía la venganza...
Si alguna vez los encuentro
mis dientes he de clavarles...
¡Ay, pobrecita de mí!...
Mis dientes he de clavarles...

Coro No sabe la necia
cantar otra cosa;
de triste venganza
nos habla la boba.

Hablado

Men. 1.º La boba no parece boba cuando canta la balada.

Men. 3.º Nada más que Marieta la tonta se atreve á cantar cosas tristes en alegre día de tornaboda.

Mar. (Mostrando la pandereta.) ¡Una limosna por el amor de Dios!

Men. 2.º ¡Toma, estúpida! (Le da una limosna.)

Men. 3.º ¡Toma, babieca! (Le da otra limosna. Marieta se queda mirándolos estúpidamente.)

Men. 3.º Amigos, que la noche cierra y hemos de volver á Arbucias.

Men. 1.º Volvamos, y de tornaboda cantemos aires de la tierra.

Música

Coro (Empieza á cantar en escena y cantando sale por la izquierda; se oye gran algazara al terminar el cantor Marieta, llorosa. ha quedado contemplándolos largo rato.)

Cansada estoy, cansada;
cansada estoy del baile,

y siempre he de bailar
hasta que el mundo acabe.

ESCENA III

MARIETA y FRANCISCO por la derecha

Hablado

Fran. ¡Marieta!
Mar. ¡Mi Francisco!
Fran. ¿Por qué lloras?
Mar. ¡Como siempre de la torpe se han burlado!
Fran. Y las lágrimas traidoras
de tus ojos han saltado;
de tus ojos, dos auroras
que me alumbran el sendero
de un vivir en que no muero,
porque gozo tus miradas
de ternuras y promesas empapadas.
Mar. ¡Mi Francisco!
Fran. ¡Nos fingimos los dos bobos!...
Mar. Y nos tienen como bobos en la villa.
Fran. ¡Tanto tiempo de fingir, me maravilla!...
Mar. ¡Cuántas veces los corderos son los lobos!
Fran. Hay quien finge la ventura
siendo un alma que está llena de amargura;
hay persona
que blasona
de alegría,
mas la embarga noche y día,
la tortura
de mortal melancolía...
Todos dicen que es dichosa
la pubilla de la casa de Masriera,
porque nunca de su rostro—nardo y rosa—,
ven borrada la sonrisa placentera;
mas yo he visto en la capilla
del Sagrado Redentor,
muchas tardes, al fulgor
de los cirios,
cómo llora la pubilla
los martirios
de la muerte de su amor.

Mar. Una tarde la pubilla de Masriera,
que me oyera
suspirar
al pie mismo del altar
donde llora su amargura,
me decía: «Tu tristura
me conmueve. ¿No eres boba, desdichada?
¿no es de imbécil tu mirada,
que á las veces se me antoja de una fiera?
¿tú que sabes de dolor,
si tu faz nunca se altera
por el odio ni el amor?»
Yo repuse: «Dí, pubilla,
¿por qué todos en la villa
te proclaman venturosa?

Fran. Porque nunca la sonrisa placentera
ven que falta de la faz esplendorosa
de la niña más hermosa
de la casa de Masriera.
Tal sonrisa es una máscara divina
y otra máscara tu artera,
mi fingida enfermedad.
¡Sólo Dios desde los cielos adivina
la verdad!
Hay quien ríe cuando llora de gran pena,
hay quien llora cuando ríe de ventura;
nadie sabe cuando el alma vive llena
de alegría ó de tristura.
Todos dicen que es dichosa
la pubilla candorosa,
pero nadie de la villa
se ha enterado que de tarde en la capilla
del Sagrado Rendentor,
triste llora la pubilla
por la muerte de su amor.

Música

(El Coro canta á lo lejos.)

(Marieta, con la mano derecha oprimiendo la de Francisco y la izquierda sobre el hombro de éste, queda en actitud espectaute, como si ambos comprendieran lo misterioso del canto.)

Coro Al son de la zampoña,
del ronco tamboril
y de la dulce flauta
nos hemos de morir.

Hablado

Mar. ¿Dónde has estado cerca de una semana sin yo verte? Ya empezaba á recelar de tu ausencia.

Fran. En las Guillerías, escudriñando riscos y vericuetos del Montseny; pero no he podido dar con la guarida en que se esconde Ginés de Montsilvestre.

Mar. ¡Maldito sea!

Fran. Tres ó cuatro veces la gente de su partida, al topar conmigo, me ha preguntado: «¿Qué haces por aquí, bobo?»

Mar. Y tú, poniendo cara de lelo, esa cara estúpida que tantas veces hemos estudiado en el cristal de los arroyos, con el fin de engañar á la gente, les habrás contestado: «Voy buscando un tesoro».

Fran. Entonces me han vuelto las espaldas y se internado en el monte prorrumpiendo en carcajadas.

Mar. ¿Pero tu estás seguro de que pronto daremos con él?

Fran. Me lo dice el corazón, que no me engaña nunca: tampoco me engañó aquella noche de Navidad, en que asesinaron á mi madre allá en San Juan de las Abadesas.

Mar. ¡Pobre Francisco!

Fran. ¡Qué vida de miserias desde entonces! Sin tí, Marieta, ¡quizá yo hubiera muerto!

Mar. ¡Ea, no te amilanes! Tienes que vivir por mí... y por nuestra venganza.

Fran. Ha de bastarme para reconocer á Montsilvestre, que yo oiga el timbre de su voz.

Mar. ¡En mis oídos aun resuena!...

Fran. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Chitón! Hacia nosotros viene la señora Marquesa con su mayordomo.

Mar. Sorpréndeme que ya no hayan regresado á la villa. Barrunto algo extraordinario.

Fran. Marieta, ¿estará tal suceso relacionado con el secuestro de su hijo?

Mar. ¡Quién sabe!... ¡Silencio! Acostémonos al pie de la encina; no importa que nos vean; de los tontos nadie hace caso. (Se tumban al pie de la encina.)

ESCENA IV

DICHOS, la MARQUESA y DON INDALECIO

Marq.ª Cálmate, Indalecio, y cuéntame reposadamente lo que acaba de ocurrirte.

Ind. Venía yo por el atajo, cuando siento que una mano férrea descarga sobre mis espaldas el más fuerte manotazo que mayordomo en su vida ha recibido. Yo creía que era un oso, pero ha resultado algo peor: quien me saludaba en forma tan descortés era nada menos que Ginés de Montsilvestre.

Mar. (Incorporándose un tanto.) ¡Francisco!

Fran. ¡Marieta!

Marq.ª Bien, ¿y qué te dijo?

Ind. ¿Sabes si la señora Marquesa me aguarda en la fuente? Yo iba á contestarle: «Granuja, ¿crees que mi señora tiene tratos con bandidos de tu pelaje? Pero no me atreví... por temor á otro manotazo.

Marq.ª Hiciste mal.

Ind. Quien hizo mal fué el muy bárbaro, que me puso la boca de su trabuco tan cerca de mi cara, que parecía que me iba á decir un secreto.

Marq.ª Abrevia y no divagues, ¿qué le contestaste entonces?

Ind. ¡Por mis hijos, suélteme usted, don Ginés, por mis hijos!

Marq.ª Pero si eres soltero, Indalecio.

Ind. Señora, yo en aquel momento ignoraba si tenía hijos ó no, ni cuál era mi estado, es decir, mi estado era muy crítico.

Marq.ª En suma, ¿que Ginés de Montsilvestre no tardará en venir á verme?

ESCENA V

DICHOS y GINÉS DE MONTSILVESTRE por la derecha

Ginés Ginés de Montsilvestre nunca faltó á su palabra.

Ind. (Aparte.) Si me ha oído me mata.
Fran. (A Marieta.) ¡El mismo, Marieta!
Mar. (A Francisco.) ¡Calla, Francisco! (Vuelven á tumbarse.)
Ginés Indalecio...
Ind. (Aparte.) *¡Ora pro nobis!*
Ginés Déjanos.
Ind. (Aparte.) ¡Y me trata de tú! Luego dirán que los bandidos no saben inspirar confianza.
Ginés Señora... (Al reparar en que Indalecio no le obedece.) ¿No has oído, asno viejo?
Ind. (Dando un salto.) ¡Don Ginés!...
Ginés Vete á la entrada de la alameda, siéntate allí al pie de la cruz y cuando oigas tres silbidos consecutivos vuelve por la señora Marquesa.
Marq.ª Obedece, Indalecio.
Ind. A la cruz me voy. (Aparte.) A mí me crucifican esta noche. (Se va por la derecha.)

ESCENA VI

DICHOS menos INDALECIO

Ginés Creo que nadie nos oye... (Observa la escena y, al reparar en Marieta y Francisco, se dirige á ellos y los remueve con el pie.) Son los bobos: duermen como leños.

Música

Marq.ª
Ginés, decidlo pronto;
decid qué pretendéis
de una madre transida
de inmenso padecer.
¿Vive mi hijo? ¿Está bueno?
Decid cuánto queréis
por su rescate. Al punto
el dinero os daré.

Ginés
El niño allá en las cumbres
dijérase es feliz...
Yo soy quien años hace
no más vive por ti.
Yo nunca trocaría
por tu cuerpo gentil

los tesoros que tiene
el áureo Potosí.

Marq.ª ¿Qué habéis dicho, Ginés?
¿Perdisteis la razón?

Ginés Loco por tí, Marquesa,
de locura de amor.

Marq.ª ¡Antes la muerte que tal deshonra!
¿Amaros yo? ¡Jamás!
Antes el Montseny en gran llanura
se tornará.

Ginés Pues entonces, ten seguro
que á mi gente ordenaré
que, con ramas de castaños
y de abetos del Montseny,
una pira gigantesca
me levanten. ¡Qué placer
de venganza tan inmenso
y profundo sentiré,
cuando el hijo á quien adoras,
por su madre torpe y cruel,
como un tierno corderillo
en la pira vea arder.

Marq.ª ¡Miserable!

Fran. (Aparte.) ¡Miserable!

Mar. (Aparte.)
¡Miserable!

Ginés Cumpliré
mi palabra, si no accedes
á calmar mi ardiente sed!...

Marq.ª Por Dios, yo os ruego
que respetéis
á quien más amo.
Todas mis joyas, toda mi hacienda
os donaré;
pero mi amor
¡nunca, pues antes morir con él
es preferible!

Ginés ¡Pues morirá
en una pira que el viento bravío de los montes
ha de aventar!

Marq.ª ¡Miserable!

Fran. (Aparte.) ¡Miserable!

Mar. (Aparte.)
¡Miserable!

Ginés ¡Cumpliré
mi palabra, si no accedes
á calmar mi ardiente sed!

Hablado

Marq.ª ¡Monstruo de maldad!

Ginés Marquesa, no despiertes mi cólera... ¡Mira si te amo, que ella duerme arrullada por la esperanza que me promete que tú has de ser mía! Comprende si te adoro, que yo, acostumbrado á ser como las águilas del Montseny, orgullo de los orgullos, hoy casi me humillo á tus plantas, pues te concedo un último plazo para que reflexiones acerca de cuanto acabo de proponerte.

Marq.ª ¡Imposible!

Ginés Oye bien: hasta las once de esta noche uno de mis hombres aguardará tu respuesta por escrito al pie de la encina de casa Blanch: si no accedes á ser mía para huir juntos á lejanas tierras, la sangre inocente de tu hijo caerá como una ola de fuego en tu conciencia. (Se va por la derecha y apenas desaparece se oyen tres silbidos consecutivos, que resuenan fuertemente.)

ESCENA VII

MARIETA, la MARQUESA y FRANCISCO

Marq.ª ¡Dios mío, ten compasión de una madre desventurada! ¡Vela por mi hijo!

Mar. (Se levanta lo mismo que Francisco; miran cautelosamente hacia la parte por donde ha desaparecido Ginés y se dirigen á la Marquesa.) ¡Señora!

Fran. ¡Señora!

Marq.ª (Sobresaltada.) ¿Quienes sois? ¡Ah, Marieta y Francisco! ¿Qué deseais de mí, pobres bobos?

Mar. ¡Señora, nosotros no somos bobos!

Marq.ª (Sobrecogida de terror.) ¿Qué, venís á robarme?

Fran. ¡Señora... somos honrados!

Mar. Venimos á prestaros consuelo. (Francisco se coloca á la derecha de la Marquesa y Marieta á la izquierda.)

Marq.ª Toda la comarca os cree bobos, y ahora resulta que no lo sois.

Mar. La estupidez es una máscara en nosotros. Francisco y yo, unidos providencialmente para ejecutar una obra de venganza, venimos á prestaros ayuda para salvar a vuestro hijo.

Marq.ª Os oigo y no os entiendo, y, sin embargo, parece como que una luz de esperanza ilumina toda mi alma.

Mar. ¡Ginés de Montsilvestre asesinó á nuestras madres!

Marq.ª ¡Miserable!

Fran. Marieta y yo hace un momento que hubiéramos podido matar á Montsilvestre, ahogándole en nuestros brazos, clavándole en su pescuezo de toro nuestros dientes afilados en el duro pan de la miseria; mas nos hemos contenido por vuestro hijo: muerto Ginés, sus bandidos hubieran matado á vuestro *hereu*, al niño de los ojos de ángel y bucles de oro, que muchas veces, á la puerta de su palacio, llenó de dulces y frutas el delantal de Marieta y mi roja barretina.

Marq.ª ¡Hijo de mi alma!

Mar. Creedlo, señora: Francisco y yo hemos derramado lágrimas de pesar cuando ha breves días supimos en el mercado de Arbucias el secuestro del *hereu*.

Fran. Y daríamos nuestra vida por vuestro pequeñuelo en pago á sus golosinas.

Mar. Nosotros venimos á ofrecernos á la señora Marquesa en todo y para todo.

Marq.ª ¿Y qué podreis hacer vosotros en mi favor, pobres desgraciados?

Mar. Somos capaces de todo.

Marq.ª Bien, ¿qué planes fraguáis?

Mar. *Gente de Arbuciás, gente de astucias*, dice un refrán de la tierra.

Fran. Confiad en nosotros.

Marq.ª Tú, Francisco, no pierdas un solo instante. Sigue á Ginés con tus ojos de lince, y quizá puedas sorprender la conversación que entable con alguno de sus bandidos, los cuales no lejos de aquí deben de estar apostados.

Fran. ¿Dónde te veo luego, si logro saber algo importante?

Marq.ª En mi palacio te aguardamos toda la noche.

Fran. Hasta luego. (Se va corriendo por la derecha.)

Marq.ª (Mirando hacia esta parte.) Por ahí llega mi mayordomo. Ven tú conmigo. Indalecio no extrañará verte á mi lado, pues él sabe que yo soy la amiga de los pobres. (Se van por la izquierda.)

ESCENA VIII

INDALECIO, por la derecha, sin gorra y presa de gran miedo; se queda en esta parte del primer término

Apenas me hube sentado al pie de la cruz, caigo en profundo sueño; más llega Montsilvestre y me despierta de un papirotazo, á la vez que me dice: «Asno viejo, que la señora Marquesa te aguarda». Sin recoger la alusión ni la gorra, que rodó por tierra, aquí estoy pensando en lo que es peor, si caer en manos de un bandido ó que las manos de un bandido caigan sobre uno.

ESCENA IX

INDALECIO y GUINART, por la derecha, seguido de cuatro bandidos; luego GINÉS DE MONTSILVESTRE

Ind. (Al sentir las férreas manos de Guinart que le acogotan.) ¡Lo segundo es peor!

Gui. ¡Calla, zampabollos! ¿Quién eres?

Ind. El mayordomo de la señora Marquesa de Ridaura.

Ginés (Por la derecha.) Dejad en paz á ese zampatortas.

Ind. ¡Buena lluvia de tortas está cayendo sobre mí! (Se va corriendo por la izquierda.)

Ginés Venid conmigo: el castillo de Montsoliu, en cuyas ruinas podremos hablar descuidadamente, está como á un tiro de fusil de esta fuente. Seguidme.
(Desaparecen por la izquierda.)

ESCENA ULTIMA

FRANCISCO, por la derecha, cautelosamente

Música

(Recitado.)

Allá van los montaraces
azotes de la llanura;
allá van
los bandoleros rapaces
de siniestra catadura
con su infame capitán.
(Llega al centro del primer término.)
Allá van los fieros lobos
de la noche protegidos;
allá van
los miserables bandidos,
ignorando que los bobos
su venganza cumplirán.
(Saca un puñal y lo blande.)
Allá van; mas plegue al cielo
que pronto decir yo pueda:
«Allá van,
pero á mis pies al fin queda
revolcándose en el suelo
el infame capitán.»
(Cae lentamente el telón mientras Francisco sigue avanzando, ya cerca de la izquierda.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Galería cerrada del palacio de la Marquesa de Ridaura. En el fondo un ventanal gótico á la derecha y otro á la izquierda, con vidriera variada, aquél practicable; entre ambos una hornacina con una imagen de la Virgen de Montserrat, iluminada por una lámpara.

Una puerta á la derecha y otra á la izquierda, practicables, del mismo estilo arquitectónico.

Son las doce de la noche y reina desatada tormenta.

ESCENA PRIMERA

MARIETA y la MARQUESA

Marq.ª Mucho tarda Francisco.

Mar. Pero él vendrá.

Marq.ª ¿Tienes la seguridad de que Francisco te es fiel?

Mar. ¡Señora!... Dudad de que el día es claro y la noche obscura, y entonces podréis dudar de Francisco, bueno como el pan, fuerte como el roble y enamorado de mí como, según cuenta la leyenda, enamorado estuvo aquel señor de casa Blanch de la *mujer de agua*.

Marq.ª ¿Dará Francisco en las tinieblas de la noche con mi palacio?

Mar. La luz del rayo le alumbrará el camino. (Relampaguea y retumba un trueno.)

Marq.ª ¡Qué noche tan horrible! ¡Y mi pobre hijo en el monte sin el calor de mi regazo!

Mar. Señora, buen corazón quebranta mala ventura: abridlo una vez más á la esperanza, que es remedio de afligidos.

Marq.ª ¡Dios te oiga!

Mar. (Con marcada satisfacción.) ¡Señora, aquí está Francisco!

ESCENA II

DICHAS y FRANCISCO, con una manta de vivos colores sobre los hombros, por la derecha

Fran. No hay tiempo que perder.

Mar. ¿Que ocurre?

Fran. Pude seguir las huellas de Ginés de Montsilvestre, que fué á parar con sus bandidos al pie del castillo de Montsoliu. Escuché, sin ser notado, la orden que dió á uno de sus hombres. Le dijo: «Si á las once y media no he recibido la respuesta que aguardo, tú, Guinart—este Guinart es su teniente—,

con esos cuatro, te diriges al palacio de la Marquesa, lo asaltáis por la capilla, entrais por la primera puerta de la izquierda que conduce á su cámara, y...

Mar. ¿Qué más?...

(Relampaguea intensamente y retumba un trueno prolongado, que determina una pausa en el diálogo hasta que el ruido de aquél se va extinguiendo)

Fran. Entonces retumbó un trueno con el estrépito de mil cañones. Me agazapé más de lo que estaba. Temía que me vieran. El trueno se fué alejando, y pude oir las últimas palabras que pronunció Montsilvestre: «No importa que no conozcas personalmente á la Marquesa de Ridaura, es altiva como una reina y como una reina henchida de majestad: no puedes confundirla con otra. En la cueva os aguardo al rayar el alba.»

Marq.ª (Dirigiendo la vista á la hornacina en actitud suplicante.) ¡Virgen de Montserrat, ampáranos!

Mar. ¿Y no dijo más?

Fran. Dijo...

Marq.ª / **Mar.** (Con profunda ansiedad.) ¿Qué?

Fran. «Y la cueva será templo de nuestras bodas ó sepulcro de ella y de su hijo».

Mar. ¿A qué cueva se habrá referido Montsilvestre? ¡Hay tantas en las Guillerías!

Fran. O mucho me equivoco ó es la *Cüeva del Penitente.*

Mar. (Animándose de viril energía.) ¡Basta! No hay tiempo que perder. Señora, conducidme á vuestra cámara.

Marq.ª ¿Qué pretendes?...

Mar. Vamos, pronto, pronto, que el tiempo apremia. Tú, Francisco, aguarda aquí nuestras órdenes Señora, vamos; he imaginado un plan, que á medida que lo iré ejecutando sabréis á cuál fin lo encamino.

Marq.ª ¿Pero?...

Fran. Tened más confianza en ella que en cien ejércitos.

Mar. Venid. (Se la lleva por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III (1)

FRANCISCO. Luego DON INDALECIO

Fran. ¡Oh, qué momentos de angustia!.. Otra vez he podido matarle... y no lo hice por el ángel que entre sus garras tiene ese demonio... (Se arrodilla al pie de la hornacina.) ¡Virgen de Montserrat, ayúdanos! (Queda orando con la cabeza reclinada sobre el pecho.)

Ind. (Por la derecha. Aparte.) ¡Pobrecita, siempre orando para que Dios tenga piedad de su hijo! (Relampaguea intensamente y se oye un estruendoso trueno. Don Indalecio tiembla pavorosamente.) ¡Santa Bár... Bár... Santa Bárbara bendita!... (Avanza un paso hacia Francisco.) ¡Señora!... ¡Señora!... (Aparte.) (O mi señora está más sorda que una tapia ó yo estoy sobrando aquí como los perros en misa). Señora... perdone V. E. si la interrumpo en sus cortas oraciones... (Aparte.) (Supongo que son cortas, porque cualquiera se alarga con los rayos y centellas que nos está largando la pirotecnia celestial). Perdone V. E. si la interrumpo, mas vengo tembloroso como un azogado á poner en su conocimiento... (Aparte.) (¿Habrá perdido el conocimiento?) (Retumba un trueno.) ¡Santa Bárba... Bárba... Bárbara bendita! (Hace la señal de la cruz.) Participo á V. E. que á la luz de un relámpago me ha parecido ver hacia el lado del pepinar de la huerta... (Aparte.) (Me huelo que aquí el pepino soy yo). Señora, sepa V. E. que yo no quiero morir vestido... (Se ha ido aproximando á Francisco, á quien toca suavemente en el hombro.) Vengo á participar á V. E...

Fran. (Levantándose.) ¿Qué desea el señor mayordomo?

Ind. (Cayendo á los pies de Francisco en actitud suplicante.) ¡Perdón, señor de Montsilvestre!

---

(1) Desde esta escena hasta que nuevamente aparece Marieta, deben aprovecharse todas las pausas convenientes, con el fin de dar tiempo á que aquélla se mude de traje.

Fran. Levántese, don Indalecio, que soy su amigo.

Ind. (Levantándose grandemente sorprendido.) ¿Eh?... ¿No eres Ginés de Montsilvestre? (Aproxima el rostro al de Francisco.) ¿Quién eres, pues?

Fran. ¿No me conoce el señor mayordomo? Soy Francisco.

Ind. ¿Quién? ¿Francisco el bobo?

Fran. El mismo.

Ind. ¿Cómo tú en este palacio, majadero, mastuerzo, majagranzas, badulaque, bolonio, babieca, bodoque, mandria, mastuerzo, mostrencó, zoquete, zanguango, zambombo, zangandungo, y bobo te diría de más de setenta modos? (Rápidamente.)

Fran. Ya lo ve usted.

Ind. ¿Cómo tú en este palacio? ¿Has entrado con algún relámpago? (Pausa.) ¿A qué has venido?

Fran. Pues... no puedo decirlo.

Ind. O yo estoy loco ó en este palacio ocurren hoy cosas para volver tarumba á cualquiera.

Fran. No se alarme usted, porque la señora marquesa está enterada de mi presencia en este sitio.

Ind. ¿Y yo, su mayordomo, el hombre de su confianza, estoy ignorante de todo? Me parece que voy á presentar la dimisión del cargo.

Fran. ¿Por haber perdido usted la confianza?

Ind. Oye, papanatas: estoy por creer que tú no tienes pelo de tonto.

Fran. Usted lo ha dicho.

Ind. ¡Córcholis! Yo he perdido la confianza, tú has recobrado la inteligencia... ¡Aquí se avecina un cataclismo!

ESCENA IV

DICHOS y la MARQUESA

Marq.ª ¡Francisco!...

Fran. ¿Señora?... (Yendo hacia la Marquesa, á cuyo lado derecho se coloca.)

Marq.ª (A Francisco.) Desde uno de los ventanales de mi cámara he visto á unos hombres apostados al pie de la tapia de la huerta: ¿será la gente de Montsilvestre?

Fran. (A la Marquesa.) Ellos son; pero yo le juro, señora, que antes perderé la vida que permitir la ofendan.

Ind. (En el primer término de la derecha. Aparte.) ¿A que todavía este avechucho va á sustituirme en el cargo?

Marq.ª Sí, buen Francisco, deposito en ti toda mi confianza.

Ind. (Aparte.) ¡Se ganó la confianza!

Fran. Creo lo más acertado, señora, que yo inmediatamente vaya á San Hilario...

Marq.ª Indalecio, baja en seguida á la cuadra y que Quimet el palafrenero ensille al momento la yegua torda para ponerla á disposición de Francisco.

Ind. ¿La yegua torda? Esta tarde se quejaba de fuerte dolor de muelas.

Marq.ª Baja á la cuadra y vuelve al punto.

Ind. (Aparte.) (Aquí el punto va resultando el bobo.)

Marq.ª ¿No has oído? ¿te has vuelto bobo?

Ind. (Aparte.) (El mundo anda al revés: ahora yo soy el bobo.) Señora, ¿puede saberse lo que hoy pasa en este palacio?

Marq.ª Calla y obedece.

Ind. (Mutis por la derecha. Aparte.) (Vete á la cuadra, Indalecio.)

ESCENA V

La MARQUESA, FRANCISCO y MARIETA

Fran. (Al ver á Marieta que sale de la cámara de la Marquesa vestida con un traje de ésta y una manteleta, según la moda de 1835.) ¡Oh, qué guapa estás, Marieta, con esas galas de la señora!

Marq.ª Parece acostumbrada á llevarlas toda su vida.

Mar. Gracias, señora. (Pausa.) Francisco, apenas ensillen la yegua, á galope tendido emprender el camino de San Hilario, donde entregarás al Barón de Róquer...

Marq.ª Esta carta en que le digo á mi primo que te atienda. (Le entrega una carta.)

Mar. Para que reuna el somatén, y tú, con él,

aguardes en casa del Barón á que la señora Marquesa, con servidores de su palacio, se incorpore á vosotros.

Fran. ¿Nada más?
Mar. Nada más.
Fran. ¿Y tú con ese traje?...
Mar. Ya lo sabrás.
Fran. ¿Y si te expones á graves peligros?
Mar. Francisco, ¿eres mi Francisco ó Francisco el bobo?
Fran. Señora... ¡Adiós, Marieta! (Sale deprisa por la derecha.)

ESCENA VI

MARIETA y la MARQUESA

Mar. Retiraos á vuestra cámara.
Marq.ª ¿Cómo habré de pagarte, buena Marieta?
Mar. Señora, que de un momento á otro pueden aparecer los bandidos. Marchaos.
Marq.ª Si tienes la suerte de ver á mi hijo antes que yo, abrázale.
Mar. ¡Oh, seguramente!
Marq.ª ¡Adiós, Marieta!
Mar. Señora, confiad en mí.
Marq.ª Adiós. (Se va por la puerta de su cámara acompañada de Marieta, la cual queda de espaldas á la derecha, hasta cerciorarse de que la Marquesa ha cerrado por dentro.)

ESCENA VII

MARIETA é INDALECIO, en el primer término de la izquierda

Ind. (Presa de espanto se dirige á Marieta, que aún está de espaldas.) ¡Señora Marquesa! ¡Señora Marquesa!
Mar. ¿Qué quieres?
Ind. (Sorprendido en extremo.) ¿Eh? ¿Pero estamos en Carnaval? ¡Por los clavos de Cristo, que he de volverme loco esta noche! ¿Tú vestida con un traje de la señora Marquesa?
Mar. ¿Extraña usted el caso?

Ind. No, que va á parecerme la cosa más natural del mundo. Antes el bobo, ahora la boba... ¡Entre bobos anda el juego! Bien, ¿dónde está la señora?

Mar. En su cámara.

Ind. ¡Ay, Marieta, no sé lo que va á suceder aquí! Figúrate que al venir por la galería que va al jardín, he visto ó me ha parecido ver—que yo no sé cómo estoy esta noche—, á cuatro ó cinco hombres que escalaban la verja que da á las eras.

Mar. (Aparte.) (Son los bandidos.)

Ind. Yo iba á pedir socorro, pero...

ESCENA VIII

DICHOS. GUINART y CUATRO BANDIDOS saltando por el ventanal de la derecha

Mar. ¡Zanguango! ¿Por quién me tomas? ¿Crees que dama de mi linaje conoce el miedo? ¿Crees, cobardón, que pueden amedrentarme tus vanos temores?

Ind. (Sumamente asombrado.) ¡Hombre, á mí me pasan hoy cosas inauditas!

Mar. ¡Yo, la Marquesa de Ridaura!...

Ind. (Aparte.) (¡La boba se ha vuelto loca!)

(Los bandidos acaban de saltar. Guinart sigilosamente se dirige á Marieta y los demás á don Indalecio.)

Mar. ¡Yo, la Marquesa de Ridaura, no conozco el miedo, que por algo en mi escudo campea un león melena al viento desafiando á sus feroces enemigos!

Gui. ¡A ellos! (Se abalanza sobre Marieta.)

Mar. ¡Cobardes!

(Los otros cuatro bandidos se arrojan sobre don Indalecio, á quien echan por tierra.)

Ind. ¡Por mis hijos, don Ginés, por mis hijos!

(Telón rápido.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Paraje abrupto del Montseny. En el centro del fondo la entrada de una cueva abierta en un peñascal, que se eleva metro y medio sobre la línea del escenario; en medio del peñascal un avellano de flores en amento, entre grupos de hayas, encinas, acacias y castaños. Salidas practicables á derecha é izquierda entre rocas, almezos y abetos pirenaicos. Se supone que el peñascal es la parte más elevada de la cumbre de una de las eminencias del Montseny Un tronco derribado, en la izquierda del primer término, sirve de asiento.

ESCENA PRIMERA

GINÉS DE MONTSILVESTRE, sentado en el tronco; GARROFA, de pie, á su derecha; BANDIDOS por la escena formando grupos; unos juegan con dados y naipes, otros limpian sus puñales y todos tienen sus trabucos al alcance de la mano prontos á requerirlos

Música

Ginés (Con un porrón de vino en la mano, del cual también bebe Garrofa.)
¡Feliz quien anega
su inmenso dolor
en tragos de vino
de tosco porrón:
se espantan las penas
y enciende el licor
ensueños de amores
en el corazón!

Todos ¡Feliz quien anega
su inmenso dolor
en tragos de vino
del tosco porrón!

Ginés ¡Venga vino,
venga, pues!...
¡Despierta el vino en el alma
las ansias de hondo placer!...

—

El bandido que tiene un trabuco,
que le ayude á burlar toda ley,

y un porrón de sabroso y buen vino,
es cien veces más grande que un rey.

Todos — El bandido que tiene un trabuco, etc.

Ginés — Ser el dueño del monte hasta el llano,
imponerse con ciego valor
y robar á los hombres cobardes,
y beber del sabroso licor,
es vivir,
disfrutar
de las dichas
y triunfar.

Todos — Es vivir, etc.

Hablado

Ginés — En verdad, Garrofa, que me impacienta la tardanza de Guinart.

Gar. — A buen seguro que el barón de Roquer, con el somatén de San Hilario, ha caído sobre nuestra gente.

Ginés — Días ha que se están aprestando para darnos una batida.

Gar. — ¡Que suban y ya nos las entenderemos con ellos!

Ginés — Las águilas del Montseny darán cuenta de esa jauría.

Gar. — Apuesto doble contra sencillo á que Guinart no se ha dejado arrebatar la presa.

Ginés — Tanta confianza como en mí tengo en él; pero al rayar el alba debió estar aquí.

Gar. — Y ya el sol llega á mitad de su carrera. (Fijándose en la izquierda.) Por ahí viene Dienterrojo.

Ginés — Nuevas nos traerá del que esperamos.

ESCENA II

DICHOS y DIENTERROJO por la izquierda

Dien. — Un jinete con una mujer á la grupa viene hacia nosotros.

Ginés — Debe ser Guinart: á sangre me huele que venga solo. (Pausa.) ¡Muchachos, pronto estará entre nosotros una dama de alta alcur-

nial... ¡Ay de quien no se porte en su presencia como el cristiano en la iglesia! Adviértole que la punta de mi puñal iría á buscar el centro de su corazón. (Murmullos generales.) ¡No murmuréis, perros!

ESCENA III

DICHOS y GUINART seguido de MARIETA, la cual aparece con el rostro cubierto con una manteleta

Gui. Mis cuatro camaradas han muerto peleándose con la gente del Barón de Roquer. (Murmullos.) Yo, dando un gran rodeo, he podido salvarme.

Ginés Gracias, Guinart. (Dirigiéndose cortesmente á Marieta.) Señora...

Mar. (Descubriéndose el rostro.) ¡Si soy Marieta la boba! (Murmullos generales.)

Ginés ¡Maldición! ¿Qué quiere decir esto, Guinart?

Gui. La Marquesa...

Mar. ¡Si soy la boba!

Ginés (A Guinart.) Si cerciorado no estuviese de que eres para mí un perro fiel, te descerrajaba un pistoletazo. La Marquesa de Ridaura se ha burlado de nosotros, y á fe que lo ha conseguido.

Gui. Ginés, ó yo estoy trastornado ó esta mujer no tiene nada de boba.

Mar. Ni tú tampoco, que me has estado pellizcando todo el camino. (Ríe estúpidamente.) ¡Y que me hacía unas cosquillas muy dulces! (Los bandidos ríen á carcajadas.)

Ginés ¡Silencio!... ¡El infierno se revuelve contra mí! ¡Ah, Marquesa de Ridaura, yo te aseguro que cuando sepas la muerte de tu hijo, si no eres una fiera habrás de volverte loca! (Murmullos.)

Mar. (Aparte.) ¡Dios mío!

Ginés ¡Callad, mujerzuelas! Cuando el león ruge los perros no aullan. ¡Despejad! (Los bandidos se van por la izquierda.)

ESCENA IV

MARIETA, GINÉS DE MONTSILVESTRE y GUINART

Gui. Ginés, he de decirte...

Ginés ¡Basta! Vete, Guinart, no vaya á ser que el Diablo me tiente y con él te vayas.

Gui. ¡Ginés!...

Ginés ¡Voto á bríos! (Guinart desaparece por la izquierda.)

ESCENA V

MARIETA y GINÉS DE MONTSILVESTRE

Ginés ¿Sabes á qué te han traído aquí?

Mar. La señora Marquesa me ha dicho que para casarme contigo, que eres muy guapo. A mí no me gustan los de allá abajo, los *hereus* con cara de *pubilla*.

Ginés Te han engañado. (Desenvaina su puñal.)

Mar. ¡Ah, perra! Pues bien que me dijo: «Como Ginés de Montsilvestre es el rey de la montaña, has de ir á él como una reina.» Y me vistió con estas galas suyas.

Ginés Has venido á morir á mis manos. (Amenazándola con el puñal.)

Mar. (Ríe como una idiota.) ¿Crees tú que me asusta la muerte? ¡Francisco y yo hace tiempo que la buscamos!...

Ginés (Aparte.) (Es idiota: ni un músculo de su rostro se ha contraído.) ¿Tú sabes que el hijo de la Marquesa está en mi poder?

Mar. ¿Quién, el *hereu*? ¡Ah, pillo, me las pagarás! ¡Cuántas veces le he pedido una limosna, otras tantas me azuzó su perro, uno muy grande que parece un oso! (Ríe á carcajadas.)

Ginés Así, pues, tú no querrás al *hereu*...

Mar. ¿Me crees tan boba que pueda querer á quien me maltrata?... Ginés, ¿quieres que sea tu esclava?

Ginés Aparta, majadera. (Dirigiéndose á la izquierda.) ¡Guinart! ¡Guinart! (Aparte.) ¡Oh, mi venganza será terrible!

Mar. (Aparte.) ¡Se tragó el anzuelo! (Se sienta en el tronco y se pone á comer un pedazo de pan que ha encontrado en el suelo.)

ESCENA VI

DICHOS y GUINART por la izquierda

Gui. ¿Qué quieres? ¿Se puede hablar contigo ya?

Ginés ¡Rayos y centellas!... Hoy nadie habla aquí, hoy todos á obedecer, y quien se desvíe una línea del camino que le trace, tenga por cierto que le mando á la eternidad. (Pausa.) Ven aquí, Guinart... La madre ha sentenciado á muerte á su hijo: tú y yo vamos á ser los verdugos.

Mar. (Aparte.) ¡Cuánta crueldad!

Gui. Ginés... para eso no cuentes conmigo. Yo mataré á un hombre frente á frente, pero á un niño...

Ginés ¡Cobarde!

Gui. Ginés, ha días que me estás provocando, y si no fuera porque te profeso afecto...

Ginés ¿Qué?

ESCENA VII

DICHOS, GARROFA, DIENTERROJO y los BANDIDOS, quienes atraídos por la disputa entablada entre Montsilvestre y Guinart, se han ido asomando por la arboleda de la izquierda

Gui. No respondería de mis actos en este momento.

Ginés Luego ajustaremos cuentas. Ahora mi venganza antes que nada. No faltará un hombre que me ayude. ¡Quiero sacar intacto el corazón del *hereu!* Tú, Dienterrojo...

Dien. Yo... pienso como Guinart.

Ginés ¡Garrofa!

Gar. Tampoco cuentes conmigo: el *hereu* se ha granjeado el afecto de todos nosotros.

Ginés ¡Salid de mi presencia! ¡Ay de quien ose ve-

nir á interrumpirme! Que nadie traspase la línea de esos abetos. ¡Ea! Dejadme á solas. (Guinart, Garrofa, Dienterrojo y los Bandidos desaparecen por la izquierda.)

ESCENA VIII

MARIETA y GINÉS DE MONTSILVETRE

Mar. (Aparte.) ¡Señor, no me desampares!

Ginés Desnudaré su cuerpo... lo amarraré fuertemente... lo ataré á una argolla... ¡Ah, si aquí está la boba! ¡Marieta!...

Mar. (Se levanta con la boca llena de pan.) ¿Quieres que te ayude en algo?

Ginés El infierno te hace adivinar mis pensamientos. Ven conmigo. (Seguido de Marieta entra en la cueva.)

ESCENA IX

GUINART, GARROFA, DIENTERROJO y los BANDIDOS blandiendo sus trabucos

Música

Gui. ¿Consentiremos
la hazaña vil
que con un niño
se intenta aquí?

Todos ¿Consentiremos, etc.

Gui. Bajemos á la cueva,
y en favor del *hereu*
blandamos nuestas armas,
aunque muera Ginés.

Todos Bajemos á la cueva, etc.

Dien. ¿Quién va delante?

(Algunos hacen ademán de adelantarse.)

Gar. Vaya, Guinart,
á quien nombramos
hoy capitán.

Gui. Gracias, amigos,
bajaré yo,
que nunca nada
me acobardó.

Todos Bajemos á la cueva
y en favor del *hereu*, etc.

(Guinart y los bandidos van á entrar en la cueva, ya están en la entrada; pero de súbito resuenan hacia la izquierda disparos de fusil; se miran unos á otros y ya no se preocupan sino con el peligro común que les amenaza.)

Hablado

Gui. (Se adelanta hacia la izquierda y examina el terreno.) ¡Traición! ¡El Barón de Roquer con la gente de San Hilario! Es inútil toda resistencia. ¡Muchachos, sálvese el que pueda! ¡Al bosque, y esta noche á las doce, en la cruz de Matagalls!...

(Todos huyen por la derecha.)

ESCENA X

PAYÉS 1.º y 2.º, con otros payeses, armados de fusiles, y una pareja de Mozos de escuadra, aparecen por la izquierda

Payés 1.º ¡Han huido!

Payés 2.º En el bosque se han refugiado.

Payés 1.º ¡A ellos!

(Se van por la derecha persiguiendo á los bandidos.)

ESCENA XI

La MARQUESA, FRANCISCO, el BARÓN DE ROQUER é individuos del somatén de San Hilario en número de diez ó doce, aparecen por la izquierda

Fran. ¡Ah, malditos, han huído! ¿Qué será de Marieta?

Marq.ª (En traje de amazona.) ¡Hijo de mi alma, te he perdido para siempre!

Barón Aun no debemos perder la esperanza. Quizá no sea esta la *Cueva del Penitente*.

Fran. Señor Barón, seguro estoy de ello, como de que esta es una de las cumbres más altas del Montseny.

Marq.ª ¡Mi pobre hijo! ¡Mi hijo!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MARIETA, saliendo de la cueva con un niño, que frisa con los siete años, en brazos (1)

Mar. ¡Señora Marquesa, aquí está el *hereu!* (Sensación general.)

Todos ¡Marieta!

Marq.ª (Coge á su hijo y estréchale en su seno con maternal efusión.) ¡Hijo de mis entrañas!

Fran. (Lleno de gozo y ansiedad.) ¡Marieta!... ¿Y Ginés de Montsilvestre?

Mar. (Todos están pendientes de sus palabras.) Iba á matar al *hereu*; acababa de atarle á una argolla; pero yo, sacando fuerzas de flaqueza, me lancé sobre el bandido, le arrebaté el puñal del cinto y se lo hundí dos veces en el corazón: una por ti, Francisco; otra, por mí... ¡Madre de mi alma, ya desde el cielo no volverás á oirme la triste canción de la venganza!

TELÓN

---

(1) El niño, á ser posible, debe aparecer con la cabellera rubia en bucles, en mangas de camisa, con pantalones de terciopelo ó de pana azul, y calzando zapatitos de la época. El trabajo de los niños en escena está regulado por la R. O. del Ministerio de la Gobernación de 7 de Noviembre de 1912, la cual determina que las prohibiciones de la ley no deben referirse á casos como el presente.

Precio: UNA peseta